

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LAS CRUZADAS

Por el concilio de Clermont, que siguió al de Plasencia, podemos formarnos una idea del incremento que había tomado en aquella época el cristianismo, aún en medio de las persecuciones de los imperios y después de once siglos de existencia. No se había conocido otro hecho análogo desde que los hijos de Israel salieron de Egipto y viajaron por el desierto para entrar después en la tierra de Canaan. Veinte pueblos distintos, que uno después de otro habían atacado, desmembrado y aniquilado el poder temporal y material de la Roma pagana, se hacen súbditos, ó más bien hijos sumisos, del imperio espiritual y vivo de la Roma cristiana. Veinte pueblos distintos, que en otro tiempo habían adorado multitud de ídolos, adoran á un mismo Dios, tienen una misma fe, una misma esperanza y una misma caridad. Bajo el estandarte del Hijo del hombre comienza, ó más bien, aumenta y se regulariza la cristiandad romana contra la anticristiandad mahometana.

El Oriente, el imperio griego, que por su gran herejía, el anticristianismo doctrinal de Arrio, de cuya herejía las demás son una consecuencia, había preparado el camino al anticristianismo político, al imperio anticristiano de Mahoma, el Oriente, el imperio griego, sufre y sufre aún el castigo de su crimen. También el Occidente había visto las hordas anticristianas de Mahoma; pero á pesar de sus diversas nacionalidades, estaba unido por una misma fe y bajo un mismo jefe espiritual, y había expulsado á los ejércitos del falso profeta de las Galias y de la Italia, de Córcega, Cerdeña y Sicilia, y trabajaba sin descanso por arrojarlos de la España. El Oriente, por el contrario, separado de la cristiandad romana, se

veía atacado, mutilado y aniquilado por el imperio anticristiano del falso profeta, pues había ya perdido el África, el Egipto, la Asiria, y acababa de perder el Asia Menor.

El emperador Miguel Ducas había implorado los socorros del papa San Gregorio VII. Ya este gran pontífice había alistado 50.000 hombres para volar al socorro de los cristianos de Oriente; pero una desgracia no menos funesta amenazaba también al Occidente. Un rey alemán pretendía imponer á los pueblos cristianos, á la Iglesia entera, un despotismo no menos brutal que el de los turcos. Era necesario salvar la cristiandad dentro antes de ir á defenderla fuera. El papa San Gregorio VII acudió presuroso á lo más urgente, sin olvidar por eso lo menos apremiante. Bajo Urbano II, su segundo sucesor, el mal interno había sufrido una crisis favorable; no había ya peligro. La cristiandad de Roma podía ya sin temor dar más impulso á la guerra contra la anticristiandad mahometana. El emperador Alejo Commeno, obligado de una parte por los turcos y de otra por los cosacos, acababa de llamar en su socorro á todos los guerreros de Occidente.

Había en Francia un eremita llamado Pedro, de la diócesis de Amiens, hombre de gran virtud y que vivía en una extremada pobreza. Era pequeño, delgado y de un exterior bastante descuidado; iba siempre descalzo, cubierto con una mala manta, y no usaba otra cabalgadura más que una borrica. Fué por devoción á visitar el santo sepulcro, y quedó conmovido al ver los Santos Lugares bajo la dominación de los infieles, el lugar del templo ocupado por su mezquita, y los cuarteles que llegaban hasta la iglesia del Santo Sepulcro.



Como sabía que el patriarca Simeon era hombre de grandes virtudes y temeroso de Dios, fué á verle y conferenció con él por medio de un intérprete. El patriarca, reconociendo que este peregrino era un hombre sensato y de mucha experiencia y virtud, se declaró á él sinceramente y le preguntó si no habría remedio á tanta desgracia. Á lo cual Pedro le contestó: que si la Iglesia romana y los príncipes de Occidente conocieran las persecuciones que sufrían, tratarían con seguridad de llevar remedio. «Escribid al papa y á los príncipes, y yo seré portador de estas cartas, é iré solicitando con ayuda de Dios vuestro socorro.» El patriarca dió las gracias á Pedro, y también las cartas que solicitaba. Algun tiempo después tuvo éste un sueño que le decía: «Levántate, Pedro, y ve á desempeñar tu cometido sin temer á nada, porque yo estoy contigo.»

Pedro el eremita, animado por este sueño, se despidió del patriarca, regresó á Roma y se presentó al papa Urbano con las cartas del patriarca y de los cristianos de Jerusalem. Fué después á avistarse con todos los príncipes de Occidente, y les rogó acudieran al socorro de los cristianos de Oriente, y á libertar los Santos Lugares, logrando persuadir á muchos.

El papa Urbano II tomó tanto empeño en este negocio, que no descansó hasta ver reunido el concilio general de Plasencia, al cual acudieron 200 obispos, cerca de 4.000 eclesiásticos y más de 30.000 legos, entre los cuales se hallaban la emperatriz Práxedes, los embajadores de Felipe, rey de Francia, y los del emperador de Constantinopla. El concilio dió principio á sus sesiones el 1.º de Marzo del año 1095, y duró siete días.

Por su parte, los embajadores de Alejo suplicaron humildemente al papa y á todos los cristianos á que fueran en su ayuda contra los infieles para defender la Iglesia, que se hallaba casi destruida en Oriente, y el papa excitó de tal suerte á los fieles, que muchos se obligaron bajo juramento á hacer el viaje y á ayudar fielmente al emperador de Constantinopla.

En este concilio se condenaron nuevamente las herejías de Berenger, declarando que el pan y el vino por la consagración se cambian, no en figura solamente, sino real y verdaderamente en cuerpo y sangre de Jesucristo; y la de los nicolaitas que pretendían no estar obligados á la continencia.

Después del concilio de Plasencia, el papa Urbano pasó á Cremona, de aquí á Sognini y últimamente á Clermont, á cuyo punto llegó

unos días antes del señalado para la celebración del concilio.

Durando era entonces obispo de Clermont, pero murió antes de dar principio á la celebración del concilio. Éste se abrió en el día señalado, el 18 de Noviembre del año 1095. Según el historiador Berthold, se reunieron en esta asamblea 13 arzobispos y 205 obispos, que algunos hacen subir hasta 400, varios príncipes y embajadores.

Dos cosas habían de ocupar el concilio de Clermont: la paz de Dios y la guerra de Dios; la paz ó más bien la tregua de Dios entre los cristianos y la guerra de Dios contra los infieles.

Antes de conocer el cristianismo, las naciones todas de Europa no pensaban más que en hacerse la guerra. De aquí podemos deducir el tiempo y la paciencia que necesitaria la Iglesia de Dios para amansar aquella multitud tan diversa en caracteres intratables. Bajo el reinado de Carlo-Magno, aquel devoto auxiliar de la Iglesia romana, como él mismo se llamaba, la Iglesia universal iba avanzando en su obra iniciada; pero bajo su nieto Carlos el Calvo, las terribles hordas del Norte vinieron á turbar aquella asimilación cristiana de la Europa.

Para poner remedio á tales males, los obispos y los concilios, á instancias de las mismas poblaciones, ordenaron la paz de Dios, y todo el mundo la juró; pero el remedio iba á ser muy fuerte, y de aquí que en vez de una paz absoluta, fuera necesario venir á una tregua de varios días. La tregua de Dios quedó establecida por toda la Europa cristiana. El gran remedio que iba á ponerse en práctica, consistía en trasportar la guerra de Europa al Asia, desde donde los turcos amenazaban continuamente á aquella.

El concilio de Clermont renovó la tregua de Dios desde el domingo de Quincuagésima al lunes después de la octava de Pentecostés, desde el miércoles que precede al Adviento, hasta la octava de la Epifanía. Por ella se prohibía provocarse unos á otros, herirse, darse muerte y robarse los ganados ó el botín. Todo cristiano debía jurar desde la edad de doce años que se sometería á la tregua de Dios, y que se armaría contra los que rehusaran su juramento y su sumisión á esta ley. Todos los que no juraran obedecer á la tregua de Dios, debían ser anatematizados.

Para consolidar esta paz pública, el concilio de Clermont se aplicó especialmente á consolidar el orden moral entre el clero y el pueblo. Confirmó primero todos los decretos de los



concilios que el papa Urbano había tenido en Melphe, en Benevento, en Troya y en Plasencia, y después renovó las prohibiciones de usurpar los bienes de los obispos y clérigos á su muerte, ordenando que se consagraran á obras pías, ó que se reservaran á sus sucesores, según la voluntad de los finados. Confirmó también el papa en este concilio la supremacía de la iglesia de Lyon; condenó al pretendido arzobispo de Dol en Bretaña, obligándole á que se sometiera al arzobispo de Tours, previa una satisfacción por su desobediencia; y después de otras muchas cosas que se trataron en este concilio, fué nuevamente excomulgado el rey Felipe de Francia, porque, á pesar de sus juramentos y de sus promesas, y á pesar de todas las treguas que le había concedido el papa en el concilio de Plasencia, no quería abandonar á la famosa Bertrade, con quien vivía en adulterio público.

Los fieles que de todas partes habían acudido á Clermont, esperaban de día en día que el papa hablara de la grande expedición. Urbano satisfizo su impaciencia. El concilio tuvo su décima sesión en la gran plaza de Clermont, que fué pronto ocupada por una multitud. Seguido de sus cardenales, el papa subió sobre una especie de trono que se había levantado para él. No lejos del papa se veía al eremita Pedro con su bastón de peregrino y la manta de lana que le había atraído el respeto y la atención de las masas. Habló éste el primero, y contó las desgracias que pesaban sobre los pobres cristianos de Oriente, é hizo comprender á todos la necesidad imperiosa de ir á socorrer á sus hermanos, que sufrían el pesado yugo de los sarracenos.

Urbano habló después, insistiendo sobre lo mismo, y animó á los cristianos á que emprendieran pronto la marcha, á fin de poder llevar alivio á los pobres cristianos de Oriente, haciendo después una descripción degarradora de su situación y de los pueblos que estaban bajo la dominación de los hijos de Agar.

Luégo que el papa hubo acabado de hablar, la agitación fué grande; no se oía por doquier más que estas exclamaciones: ¡Dios lo quiere, Dios lo quiere! que eran como la voz del todo el pueblo cristiano. El cardenal Gregorio, que subió después á ocupar la cátedra de San Pedro bajo el nombre de Inocencio III, pronunció en alta voz una fórmula de confesión general; todos los asistentes se prosternaron de rodillas y recibieron la absolución de sus pecados.

Adhemar de Monteil, obispo de Puy, fué el primero que pidió entrar en el camino del Se-

nor, y recibió la cruz de manos del papa; varios obispos siguieron su ejemplo. Los varones y los caballeros que habían oído las exhortaciones de Urbano, juraron todos vengar la causa de Jesucristo: olvidaron sus propias querellas y prometieron combatir juntos á los enemigos de la fe cristiana; los fieles todos juraron respetar las decisiones del concilio, y decoraron sus vestidos con una cruz encarnada de paño ó seda; de aquí les vino el nombre de cruzados, y el de cruzada á la guerra que se iba á hacer á los sarracenos.

El papa, después de oír la voz unánime de todos los obispos, nombró por jefe espiritual de la cruzada al obispo Adhemar en calidad de legado, como hombre muy instruido en la religión y en los negocios temporales. El conde de Tolosa y de San Gil fué el jefe secular, hombre el más distinguido de todos los cruzados. Á fin de atraer las bendiciones del cielo, ordenó el papa que los clérigos rezaran el oficio parvo de la Virgen, que ya estaba en uso entre los eremitas de San Pedro Damian.

Al salir el papa de Clermont visitó varias iglesias de Francia, entre otras la de Poitiers, Limoges y Tours. En el mes de Julio del año 1096 fué á Nimes, donde celebró el concilio que había convocado en Arlés.

El rey Felipe de Francia, á pesar de la violenta pasión que sentía por Bertrade, se separó de ella, y fué al concilio de Nimes á pedir la absolución, prometiendo que no volvería á tener ilícito comercio con Bertrade. El papa, lleno de consuelos por esta determinación del monarca francés, le levantó la excomunión. Guillermo de Monfort fué electo obispo de París á la muerte de Godofredo, tío del duque Godofredo de Bouillon.

En todos estos concilios, y especialmente en los que el papa celebró en Limoges, en Tours y en Nimes, se publicó y predicó la cruzada; el mismo papa distribuía las cruces á todos los que querían alistarse en la santa milicia.

Hubo con esto un gran movimiento en toda la Francia, en Italia y también en Alemania. Por todas partes se veía á la multitud que acudía presurosa á recibir la cruz. Muchos hombres distinguidos se cruzaron también gustosos á ejemplo del pueblo. Á pesar de las muchas causas que contribuyeron á disminuir el ejército de los cruzados, se juntaron sin embargo en las llanuras de la Bitinia cerca de 600.000 combatientes, cuyo número hacía recordar los 600.000 combatientes de los hijos de Israel que salieron de Egipto para conquistar la tierra prometida.

Los príncipes y los jefes de aquella expedi-



ción habían convenido no partir todos juntos, ni por las mismas veredas, y fijaron como punto de reunión Constantinopla. Pero como quiera que los príncipes estaban ocupados en los preparativos de la marcha y era grande la impaciencia de la multitud, Pedro el Ermitaño se puso al frente de un grueso ejército. El exceso de celo engañó á este hombre, pues se llegó á creer que con sólo el entusiasmo iba á responder al éxito de la guerra.

Hasta la Hungría el ejército de Pedro no tuvo mucho que sufrir; pero á medida que avanzaban los cruzados por países desconocidos, la miseria aumentaba, y con ella la licencia y el olvido de las virtudes. Llegados á la Bulgaria comenzaron á sentir la falta de víveres, y una vez que el gobernador de Belgrado se negó á proporcionárselos, se extendieron los cruzados por los campos, robaron los ganados, abasaron las casas, y asesinaron á algunos habitantes que se oponían á sus violencias. Irritados los búlgaros con tales excesos, tomaron las armas y cayeron sobre el ejército de vanguardia, á cuyo frente iba Gothier, y muchos de los cruzados perecieron entre las llamas de una iglesia, adonde se habían refugiado y que aquellos pusieron fuego. Persuadidos los soldados de Gothier que aquello era un castigo del cielo por sus excesos, lloraron su falta y volvieron á la buena disciplina y al temor de Dios. Con el auxilio del gobernador de Nissa, que le suministró víveres, pudieron llegar hasta las murallas de Constantinopla, adonde esperaron el ejército de Pedro el Ermitaño, que iba á la cabeza. No dejó éste de sufrir fuertes reveses antes de llegar á Constantinopla. Hasta Semlin llegaron sin novedad; pero una vez en esta ciudad fueron cogidos diez y seis cruzados, y no pudiendo Pedro ahogar el grito de su indignación ante un hecho tan cruel, dió la señal de ataque. La ciudad fué tomada, y 4.000 de sus habitantes pagaron con la muerte su atrevimiento. En Nissa tuvieron otro ataque de parte de sus habitantes, porque los cruzados habían puesto fuego á varios molinos que había en las márgenes del río, hecho que respondía á una venganza de algunos alemanes cruzados. Diez mil combatientes quedaron en el campo de batalla. Arrepentidos de sus excesos los soldados de Pedro, llegaron sin obstáculos á los muros de Constantinopla.

Lo que dominaba á estos primeros cuerpos de ejército, en que se dividieron los cruzados, era el sentimiento religioso; no les faltaba más que una buena y severa disciplina.

A éstos siguieron otros dos que todavía valían menos, pues se componían en su mayoría

de vagabundos y aventureros, que á consecuencia de las guerras civiles pululaban en Alemania.

Un sacerdote alemán, llamado Gothescale, reunió 15.000 con sus predicaciones en las márgenes del Rhin y del Mosela. Este ejército llegó á Hungría á fines del verano. La abundante cosecha que había hecho Alemania dió ocasión para que se entregaran á los excesos. En medio de tumultuosas escenas olvidaron á Constantinopla, á Jerusalem y al mismo Jesucristo, cuyo culto y leyes iban á defender. El pillaje, la violación y el robo señalaron sus huellas. Un ejército húngaro hizo en ellos una espantosa carnicería, válido de la astucia de su jefe, que no pudiendo reducirles por la fuerza de las armas usó con ellos de todo género de caricias, para después cambiar éstas en rudas represalias.

Otro nuevo ejército de 200.000 hombres, más sediciosos y más indisciplinados que los de Gothescale, se reunió en las márgenes del Rhin y del Mosela. Se les había dicho que la cruzada rescataba todos los pecados, y con este pretexto cometían todo género de excesos.

Nadie osaba ponerse al frente de aquella turba de furiosos fanáticos, por más que entre ellos había algunos nobles.

Un sacerdote llamado Volkmar, y el conde Emicon, que creía expiar los excesos de su juventud exagerando los sentimientos y las opiniones de la multitud, atrajeron con sus declamaciones la atención y la confianza de los nuevos cruzados. Estos dos jefes se admiraron de que se fuera á hacer la guerra á los musulmanes que retenían bajo sus leyes el sepulcro de Jesucristo, mientras que se dejaba en paz á un pueblo que había crucificado al mismo Jesucristo. Para encender más sus pasiones y apagar sus opiniones, apelaron á visiones milagrosas. Todo esto, unido á la sed devoradora que tenían de saqueo, dió margen para que cayeran sobre los judíos y los asesinaran vilmente, principalmente en Maguncia y en Colonia.

Estas hordas indisciplinadas quisieron tratar á los húngaros del mismo modo que á los judíos; pero les salió cara su osadía, pues en la ciudad de Moseburgo, á la que tenían sitiada, perecieron infinidad de cristianos en una salida que hicieron los sitiados.

En Constantinopla, adonde como hemos dicho esperaban las tropas de Gothier, se reunieron cerca de 100.000 combatientes, contando á los venecianos, genoveses y pisanos.

Cuando llegaron á Nicomedia, los italianos, lombardos y alemanes se separaron de los



franceses y tomaron por jefe á Reinaldo, quien se dejó imprudentemente sitiado en un fuerte en el que perecieron casi todos los cristianos, cayendo otros en poder de los turcos, que los sacrificaron. El resto del ejército de los cruzados pereció también en la sangrienta batalla que contra ellos libraron los turcos cerca de Nicea, á pesar de haber peleado valientemente, pues su número era ya insignificante para el que contaban sus enemigos.

La Europa supo con espanto el fin desgraciado de más de 300.000 cruzados, pero no por esto se desanimaron los que con el tiempo habían de seguirles. Pronto vió el Occidente nuevos ejércitos más regulares y más formidables que los que acababan de ser dispersados sobre las márgenes del Danubio y en las llanuras de la Bitinia.

Hacia la primavera del año 1097, el emperador Alejo, la corte y la ciudad de Constantinopla vieron llegar uno despues de otro los mas ilustres capitanes de Occidente, seguidos de sus numerosas tropas. Uno de los más ilustres era Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, hijo del conde Eustaquio de Bolonia y de la virtuosa Iza. Era valiente, sencillo y virtuoso, y sobresalía por la direccion de los combates.

Dada por él la señal, toda la nobleza de Francia y de las márgenes del Rin prodigó sus tesoros para los preparativos de la cruzada.

El duque de Lorena logró reunir bajo sus banderas 4.000 infantes y 10.000 caballos. Se puso en marcha ocho meses despues de haberse reunido el concilio de Clermont, acompañado de un gran número de señores alemanes y franceses, de sus hermanos Eustaquio de Bolonia y Balduino, y de su primo Balduino del Bourg.

Este ejército restableció el honor de los cruzados en todos los países por que atravesó. Llegando á Hollenburgo, escribió al rey de Hungría exigiéndole una explicacion de lo sucedido á sus predecesores, y una satisfaccion de su conducta por los ultrajes inferidos á los cristianos, á la que contestó cortésmente el rey, otorgándole su permiso para que pudiera atravesar todo su ejército por su territorio, y las más completas seguridades para todo. Esto mismo hicieron los húngaros y los búlgaros, despues de olvidar completamente los excesos cometidos por los soldados de Pedro.

En tanto que el duque de Lorena avanzaba hacia Constantinopla, la Francia levantaba nuevos ejércitos para la guerra santa, á las órdenes de Hoges el Grande, Roberto, duque de Normandía, Roberto, conde de Flándes, y Estéban, conde de Blois.

Estos cuatro jefes iban acompañados de multitud de caballeros y señores. Pasaron los Alpes, y dirigieron su marcha hacia las costas de Italia, con el fin de embarcarse para Grecia. Cerca de Lucques hallaron al papa Urbano, quien les dió su bendicion, alabó su celo é hizo votos al cielo por el buen éxito de la empresa. El conde de Vermandois, despues de haber recibido de manos del soberano pontífice el estandarte de la Iglesia romana, se fué á Roma, acompañado de los demas príncipes, á fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles Pedro y Pablo. En esta poblacion hallaron muchos satélites del antipapa Guibert, que estaban cometiendo todo género de profanaciones. Ultrajaban también á los legítimos fieles del papa Urbano, y ante tal perspectiva, dió esto lugar á que se acobardáran muchos de los cruzados y se volvieran á sus casas; otros regresaron hasta Bari, pero con ánimo de embarcarse; mas no lo pudieron efectuar por causa de la mala estacion. El duque de Normandía se fué á pasar el invierno á la Calabria con todos sus compatriotas. Sólo el conde de Flándes halló medio de embarcar sus tropas; pero también se le volvieron muchas que se habían acobardado.

Bohemundo, príncipe de Tarento, luego que tuvo noticias del mal resultado de la cruzada, se puso él mismo al frente de un pequeño ejército, acompañado de su primo el valiente Tancredo.

Los cruzados de las provincias meridionales de Francia se habían puesto en marcha bajo las órdenes de Adhemar de Monteil y de Raimundo, conde de San Gil y de Tolosa. El obispo Adhemar era como el jefe espiritual de la cruzada.

El conde de Vermandois, impulsado por la tempestad sobre las costas del Epiro, recibió los más grandes honores del gobernador de Durazzo, y fué llevado prisionero á Constantinopla por órdenes de Alejo, con los principales señores que le acompañaban. El emperador griego esperaba que el hermano del rey de Francia caeria también en sus manos, y que con esto podría estar al abrigo de las empresas de los latinos; pero esta pérdida política no hizo más que despertar la desconfianza y provocar el odio de los jefes de la cruzada. Godofredo de Bouillon había llegado á Philippópolis cuando supo el cautiverio del conde de Vermandois, y mandó en seguida á pedir la reparacion de aquel ultraje. No pudo contener su indignacion cuando vió la respuesta inesperada y poco favorable del emperador griego. Las tierras que atravesaba el ejército de Godofredo fueron tratadas como país conquistado. Asustado Alejo de su



política, imploró la clemencia de su prisionero y prometió darle libertad cuando los franceses llegáran á las puertas de Constantinopla. Esta promesa tranquilizó á Godofredo, quien á su vez trató á los griegos como á amigos y á aliados. Llegados á Constantinopla, creyó Alejo poderles reducir por el hambre, y se negó á darles víveres; pero los latinos estaban acostumbrados á obtenerlo todo por la fuerza. Talaron los campos, saquearon las ciudades, y por doquier reinaba el desórden, hasta que por fin el emperador les dió víveres, y los cruzados cesaron en sus hostilidades.

Sin embargo, la armonía no podía reinar mucho tiempo entre ellos, pues Alejo buscaba medios de obtener de Godofredo el juramento de fidelidad, y á Godofredo le exasperaban sus promesas y amenazas. Bohemundo celebró estas discordias, pues creía con esto llegado el momento de atacar al imperio de los griegos y dividir sus despojos. Godofredo recordó á Bohemundo el juramento que habían hecho de ir todos á pelear contra los infieles. Sin embargo, Alejo llegó á temer que se cumplieran los deseos de Bohemundo, y para evitarlo mandó en rehenes á su propio hijo cerca de Godofredo; pero éste y los demas príncipes de Occidente le juraron respetar las leyes de la hospitalidad. Alejo entonces prometió á los cruzados ayudarles por mar y tierra, darles víveres y compartir con ellos los peligros y la gloria de sus expediciones.

Poco tiempo despues fueron llegando sucesivamente todos los demas príncipes de Occidente acompañados de sus tropas. El emperador griego trató de persuadir á éstos á que le rindieran homenaje; pero no le fué fácil esto, sobre todo con el valiente Tancredo, que rechazó toda clase de promesas y regalos. Seiscientos mil combatientes se llegaron á reunir en las llanuras de la Bitinia, y marcharon sobre Nicea, capital de un sultan de los turcos. Allí tuvieron lugar de presentarse algunos de los restos del ejército de Pedro el Ermitaño y de Gothier.

Pusieron sitio á Nicea, capital del sultan Kilidi Arslan, que había dejado allí su familia, sus tesoros y la gente escogida de su ejército.

Desde los primeros dias de sitio los cristianos dieron dos asaltos, pero inútilmente; la ciudad era muy fuerte y estaba muy defendida. El sultan llevó en su socorro un ejército de 60.000 caballos, con los que libró una batalla que duró desde la mañana hasta la noche, y en la cual fueron derrotados los musulmanes, perdiendo más de 40.000 hombres, que dejaron en el campo de batalla. Los cristianos, á ejemplo de sus enemigos, les cortaron la cabeza y arro-

jaron á la plaza más de 1.000 de éstas, que produjeron la consiguiente consternacion, y apuró tanto su situacion, que un solo asalto hubiera bastado á los cristianos para apoderarse de la ciudad. Pero la rastrera política del emperador de los griegos, hizo que penetrara en la plaza uno de sus oficiales y pactara con los enemigos la rendicion á su emperador ántes que se apoderáran de ella los cristianos. Poco tiempo despues se vieron tremolar en las torres y en las murallas los estandartes de los griegos, á costa de la sangre de los soldados sitiadores. Grande alarma produjo esta pérdida acción en todos los ánimos, y no hubiera parado en esto á no haber mediado el excesivo número de larguezas concedidas por el emperador á todos los jefes de los cristianos, exceptuando á Tancredo, que se negó á recibirlas, y sólo consiguió de él que le prestara juramento de fidelidad, cuando el emperador prometió otro tanto para los cristianos.

El ejército cristiano partió de Nicea el 25 de Junio del año 1097, dividido en dos cuerpos de ejército, el primero á las órdenes de Bohemundo, Tancredo y el duque Roberto de Normandía; el segundo al mando de Godofredo de Lorena y de Raimundo. En las llanuras de Dorylea atacó al primer cuerpo el sultan Kilidi Arslan, á la cabeza de 300.000 hombres. La batalla fué reñida y encarnizada, y hubiera sucumbido el ejército cristiano por su escaso número, si no hubiera podido unirse á ellos el segundo cuerpo de ejército, que fué avisado desde los primeros momentos del ataque. Acometidos con impetu los musulmanes por este segundo cuerpo de ejército cristiano, sufrieron una vergonzosa derrota, en la que perdieron más de 20.000 hombres, quedando el campo materialmente cubierto de cadáveres. Cuatro mil cruzados murieron también gloriosamente en esta batalla.

El día 3 de Julio se pusieron nuevamente en marcha los cristianos, resolviendo no volverse á separar nunca. Esta resolucion les ponía al abrigo de toda sorpresa; pero en cambio les exponía más á la miseria y á todo género de penalidades. Para atravesar la Frigia y la Isauria y llegar hasta Antioquia de Pisidia, que les abrió sus puertas, tuvieron que sufrir mucho por la falta de alimentos y de aguas. Hubo dia que perecieron víctimas de la sed más de 400 personas y gran número de animales. Durante la permanencia del ejército en Antioquia de Pisidia, murió el duque Godofredo de Bouillon entre las garras de un oso; su muerte fué muy sentida, especialmente por los que conocian sus bellas prendas y su valor incomparable.